

(Casa de Salvator Rosa.)

## SALVATOR ROSA.

I.

POETA, MÚSICO, PINTOR, SALTEADOR.

Al Oeste de Nápoles, detrás de la colina en que están el castillo de San Ermo y la cartuja de San Martín, se encontraba á principios del siglo XVII, y existe todavía, un estrecho desfiladero que al través de las rocas del Monte Donzello y á la sombra de lentiscos, algarrobos y hermosos pinos de Italia conduce al vasto convento y al magnífico pueblo de la Arenella. Entre las humildes habitaciones que contrastaban por su sencillez con la espléndida morada de los siervos de Dios, destacaba una casa mas vasta, aunque mas pobre y desmoronada. Apellidábase la *Casaccia*: habia sido en otros días la residencia de los señores feudales de la Arenella, y entonces no servia ya sino para albergar á las familias indigentes que no tenían cabaña propia. En una de las puertas del edificio se leía:

ANTONIO ROSA, AGRIMENSORE ED ARCHITETTO.

*Antonio Rosa, agrimensor y arquitecto.*

Esta inscripción era la de un *biettona* (pobre infeliz) que á duras penas lograba con su doble talento conservar su vida y la de su mujer, madonna Giulia.

Sin embargo, llegó un día en que pareció que Dios se apiadaba de la desgraciada familia. En 1615 madonna Giulia dió á luz un hijo, y para los napolitanos un hijo es la bendición del cielo. Y en efecto lo era el nacimiento de ese niño, pero no para los desgraciados autores de sus días, y sí para el universo.

Como la piedad y la ambición de sus padres lo destinaban, aquella

al sacerdocio y esta á la mitra ó al capelo, Salvator aprendió á leer en las leyendas de Santa Catalina de Bena y en devocionarios latinos; pero ya en su infancia, ora exhalaba algunos versos, ora hacia repetir á los ecos del monte Donzello y del Vomero los sonidos del laúd, de la bandarria ó del tamboril vasco, ora por fin cubria las paredes de la *Casaccia* con pintarrajos de carbon. Por desgracia le valió al futuro prelado una doble corrección el haber querido *ilustrar* tambien las columnas del claustro de la Cartuja. Escapóse Salvator de la casa paterna y anduvo por muchos días corriendo por la campiña de Nápoles viviendo de madroños y algarrobos y durmiendo en las tumbas antiguas de Bauli ó de la *Via Campana*.

Abreviamos: después de haber cursado por algun tiempo en las aulas de los padres Somarcos, dejó la teología; y alentado por el virey español estudió con tanto ahínco y provecho la música, que al poco tiempo se popularizaron sus composiciones de tal manera que á porfía se recurria para las serenatas á su talento de poeta y de tocador de laúd.

¡Triste reputación para un futuro prelado! Empero iban á desvanecerse completamente los proyectos paternales. Hasta entonces Salvator no habia sido sino poeta y músico, mas dentro de poco será pintor.

Habiéndose su hermana casado con un artista pobre y de talento, Francesca Francanzani, Salvator trabó tal amistad con él, que se le iba la mitad del día en copiar en su taller fragmentos de sus cuadros. La otra mitad la pasaba en el Vesubio ó en el Pausilippo buscando modelos dignos de su independencia.

En aquel tiempo los jóvenes que se consagraban á la pintura iban á las diferentes ciudades de Italia con el objeto de estudiar las obras de las diversas escuelas; pero los mas se limitaban á hacer frías copias del modelo que habian escogido. Quiso tambien Salvator emprender su *giro* (vuelta), y así, de edad de diez y ocho años se ausentó de Nápoles por primera vez. Como abrigaba el firme proyecto de no estudiar mas que á un maestro, la naturaleza, fueron sus museos las montañas, las cascadas, las ruinas de la Basilicata de la Puglia y de la Ca-

habría. Allí encontró medios de una solitud no conocida antes, que le proporcionaron el medio de crear una escuela original cuando ve creían agotados los monumentales de la originalidad.

En las antiguas regiones que recorría, en las quebradas cumbres del monte Gargano ó de los escollos de San Vito, en las grutas de Paligiano y de Otranto, Salvador halló unos descendientes de las primitivas colonias de Atenas y de Esparta que soñaban en libertar á su país del yugo extranjero. A la voz del jefe que los acogía, Tomaso Campanella, barró Salvador que quizás peleara algún día por una patria que su pincel debía ilustrar. Según las creencias de aquella época y á los ojos del vulgo, los salteadores enemigos del extranjero eran casi siempre mas bien héroes que criminales. En uno de sus paseos solitarios cayó Salvador en manos de una cuadrilla; ¡Triste presa para los bandidos! Empero ¡cómo reparar el yerro! ¡Salvador sabía la guardia de sus apresadores! La muerte pues la esperaba por momentos. Entre los bandidos había una mujer; el artista era joven, hermoso... fué salvado.

Mas ¿por qué amor? ¿por el de esa mujer? ¿por el de la independencia? ¿por cual? Lo ignora. Em embargo, es cierto que Salvador se quedó con los facinerosos, y llegó muy pronto á ser su compañero, y hasta, según se dice, su cómplice. Durante este período de su vida recogió las admirables caras de bandidos que después sembró profusamente en sus obras.

El parecerle insoportable la obediencia á un jefe originó quizás el que nuestro héroe se escapase para Nápoles, donde le acogieron la miseria, el abandono, la avaricia de los trocadores judíos, la vergüenza y la muerte de casi todos sus parientes.

Suscitóse sin embargo un caso que vino á reanimar sus bríos y á sacarle de la oscuridad por algunos instantes. El caballero Lanfranc, que hacia en Roma el papel que representaba en Nápoles Rivera, en Amberes Rubens, y Lebrun en París, fué llamado á la segunda de estas ciudades para adornar con su pincel la iglesia del *Gesú nuovo*. Pasando por una de las calles de la parte vieja de la ciudad, divisó á la puerta de un trocador un bosquejo cuyo mérito reconoció á la primera ojeada. Deluvo pues su suntuoso coche, y el artista, gran señor, compró la obra del pintor hambriento. El dictamen de Lanfranc dió á conocer por Nápoles á *Salvatoriello*; pero así este obtuvo así el poner sus obras á precio mas subido, tambien se convirtió en blanco del odio y de la envidia de los pintores. Solo un artista supo apreciar á Rosa y trabajó con él una amistad que no acabó sino con la muerte; Aniello Falone, el primer discípulo de Ribera, espíritu turbulento, pintor entusiasta que en el género de las batallas á nadie le fué en zaga sino á Salvador. Aniello le abrió su taller y lo presentó á Ribera; pero no pudiendo Rosa contarse entre los *dependenti* (dependientes) del orgulloso maestro español, volvió muy pronto á hallarse con su libertad, acompañada de olvido y pobreza.

Viéndose pues otra vez en apuros y angustias, resolvió trasladarse á Roma en busca de fortuna: tenia entonces veintinueve años. A pesar de lo que sentía alejarse de su ingrata patria, emprendió á pie su largo y penoso camino. Un batillo y una cartara formaban todo su equipaje, así al salir de Nápoles como al entrar en la capital de las artes, donde mas adelante debía hacer tan gran papel.

Dos estilos enteramente opuestos se compartían en aquella época la admiración de los aficionados romanos, el Bernini, ideal, y el de los materialistas holandeses (ultramontanos), entre los cuales se ponía injustamente á Poussin y á los franceses.

Salvator llegaba con ideas tan distantes del fin convenido de los *bernescos* como de la trivial verdad de los ultramontanos; quería en una palabra no ser sino suyo propio. Inesperó empero á dos maestros y los estudió, Miguel Angel y el Ticiano. En las asombrosas ruinas de Roma halló inagotables fuentes de estudio; mas á instigo de la *mal'aria* y de unas calenturas debió clavarse en la triste sala de un hospital. En aquellos días indudablemente compuso la cantata sepulcral en que pinta su desdado espantoso y su desaliento mortal.

Al salir del hospital se fué por consejo de los facultativos á respirar el aire nativo. Mas ¡ay! aun le aguardaban la miseria y el odio si el cielo no le hubiese hecho dar con un amigo. En el colegio de los padres Somasco había tenido por compañero á un joven que siguió después la carrera eclesiástica, y estaba ahora en la servidumbre del cardenal Brancetti, Giuliano Mercori, así se llamaba, obtuvo que Salvador entrase en Roma en casa de su amo y siguiese en su compañía al trasladarse su Eminencia á tomar el háculo pastoral de Viterbo. De orden del cardenal pintó Salvador el pórtico del palacio episcopal y el cuadro del altar mayor de la iglesia *della Morte, la Incredulidad de Santo Tomás*.

Estas obras y algunos emulidos que en viaba á Roma principiaron por fin á abrirle el camino de la fama; pero al cabo de un año de residencia en Viterbo, sintiéndose cansado de todo patronato, regresó á Nápoles para encontrarse otra vez con sus enemigos y con su único amigo Aniello Falone.

TRABAJOS Y LUCHAS, EARSANTE, SATÍRICO, INSESTANTE, ANÉDOTAS.

Todos los años, con motivo de las fiestas de San Giovanni Decollato se verificaba en el Panteon de Roma una exposición de cuadros que traía á todos los talentos y á todos los entendidos de Europa. Un amigo de Salvador se atrevió á presentar en una de esas solemnidades artísticas un *Prometeo* que aquel le habla enviado de Nápoles con intento de venderlo. Inmensos fueron los aplausos que la obra obtuvo, y el nombre de Salvador, repetido por las cien bocas de la fama, reemplazó para siempre al diminutivo Salvatoriello. Llegaron hasta sus oídos los bravos, y creyendo que su suerte estaba ya segura, volvió á Roma para recoger algunos victores; pero no logró ser admitido en la academia de San Lucas, que era entonces como el solo emporio del triunfo y de los lauros. Sin embargo, Rosa había mejorado de fortuna, y así pudo alquilar una casa en la *Via de Babuino*. Entretanto se iba estinguiendo el recuerdo del *Prometeo*, y muy pronto hubiera tambien Salvador pasado al olvido, si no hubiese por fin construido con la variedad y extravagancia de su genio un pedestal que debía saponerlo para siempre á los ojos del público.

Llegó el Carnaval de 1659, y apareció en el vasto Corso un carro ricamente adornado, arrastrado por bueyes de cuernos dorados y lleno de una comparsa de mascarar que cantaban deliciosas cantatas, seguidas de entremeses en que, disfrazado el principal personaje á lo charlatan, Coniello la echaba de signor. Formica, actor napolitano, derramaba á borbotones los epigramas mas mordaces, las bufonadas mas chistosas, las chanzas mas ponzantes, y distribuía á manos llenas recetas y remedios contra las calamidades públicas y los males de la sociedad. Al poco ya no se habló en todo Roma sino del signor Formica y de sus brillantes farsas. El mismo día el actor se quitó el disfraz y pasó á sus espectadores con la cara de Salvador.

Desde aquella hora no tuvieron límites los aplausos que arrancó en los salones; todos los *circulos* porlaban entre sí por arrebatárselo unos á otros... Salvador echó en olvido sus pinceles, se entregó al placer, y organizó un teatrillo que le sirvió para atacar al mismo Bernier.

Por ventura fué corta esta embriaguez, pues de allí á poco nuestro pintor cogió de nuevo la paleta para no volverla ya á soltar. Parecia que la fortuna le sonreía: sus paisajes competían con los de Claudio y los del Guaspro, sujetos que en aquel tiempo halagaba el favor público. Transformóse su casa en el punto de reunión de los ingenios mas hermosos y de los principales señores romanos.

Entonces fué cuando Salvador trasladó al lienzo su famosa cantata la *Bruja*, y ejecutó la *Muerte de Sócrates*, el *Hijo pródigo*, el *Purgatorio* y la *Asunción*.

Gracias á lo mucho que ganaba, á lo poco que ahorraba, y á lo seguro que estaba de acallar las necesidades de cada día, había logrado vender sus obras al precio que quería y satisfacer á duras penas los muchos pedidos que le llegaban. Dibujó siempre según se le antojó, y supo librarse de todo patronato. «¡Dios, decía Baldinucci, ayude á los que quieren regatear con él!» La siguiente anécdota que lady Montague refiere, podrá darnos la medida de su carácter.

Un príncipe romano que era mas conocido por lo que se preciaba de entendido en las artes que por su generosidad para con los artistas, recorriendo un día la galería de Salvador se detuvo ante uno de sus paisajes, y después de haberlo contemplado por largo rato exclamó súbitamente:

—Salvator mío, grande es la tentación que tengo de comprar este cuadro; así dame el punto el último precio.

—Oscientos escudos, repuso Salvador á lo descuidado.

—¡Oscientos escudos! ¡Ohimé! ¡dineros son! En fin, ya lo veremos.

Despidióse del artista el ilustrísimo señor; pero volvió al poco rato y pidió de nuevo el último precio.

—Trescientos escudos, es le contestó con voz enojada.

—¡Corpo di Bacco! ¿Os burláis? Vaya! otro día seréis mas dócil. Al día siguiente el príncipe se presentó otra vez en el taller del pintor, al cual saludó alegremente diciéndole:

—Vamos, ¿qué postura tenemos hoy?

—Cuatrocientos escudos, replicó Salvador, y en seguida, saltando de repente la brida de su indignación, que había contenido por largo tiempo, añadió con su arechaba natural: «La verdad es que V. E. no comprará este cuadro á precio alguno, y así empero he aquí el caso que hago de mi obra» y acto continuo la hizo mil bocas.

En este rasgo desenrolla así la aspereza de su independencia como la de su orgullo. Veamos ahora cómo los mismos sentimientos le inspiraron algunas veces ciertas palabras, que si bien eran menos acerbas, encerraban con todo buena dosis de mordacidad.

Hallándose un día Salvador dibujando en el cuarto donde estaba

enfermo el príncipe D. Mario Chigi, entró el médico, fátuo que blasonaba de entenderlo todo, hablaba de *omni re scibili*, y había olvidado que la subdúria de las naciones ha dicho: *Ne curor ultra crepidam*. Creyendo pues nuestro Galeno agasajar al príncipe, gran protector de las artes, le pidió por recompensa de sus visitas un cuadro de Salvator, y volviéndose después á este:

—Cuidado, le dijo, no apliques el pincel al lienzo antes que yo os dié el pensamiento y el objeto del cuadro.

Salvator al pronto saludó modestamente en ademán de asentimiento; mas detuvo la mano del doctor cuando este á punto de irse cogió la pluma para escribir su receta.

—Cómo se entiende! ¡Vos dictar una receta! ¡Y qué! ¿Sois acaso vos y no yo el médico del príncipe?

—Querido, yo, y no vos, soy el pintor del príncipe; y con todo seguramente mejor que vos un cuadro habla yo una receta.

En medio de su triunfante boga Salvator se acordaba continuamente de su patria. Treinta y un años tenía entonces. Peleó en las filas de Masaniello al lado de Aniello Falcone, que acomodando la compañía formada por los artistas napolitanos y llamada de la *Muerte*, secundada esforzadamente los instintos de la insurrección popular. La caída del pobre pescador de Amalfi comprometió á todos los pintores napolitanos, que se dispersaron. Falcone se escapó á Francia, y Salvator volvió á Roma á coger los pinceles; pero le hervía de tal modo la sangre, que tardó en hacerse al sosiego de la vida privada. Habiéndose reanimado sus instintos de solitaria independencia, tuvo el valor de esponer dos cuadros satíricos que zahurían á todos los poderosos y grandes que encerraba entonces Roma. Descargó pues sobre él un nubarrón tan tremendo, que le fué preciso rendirse. Salíó de Roma como fugitivo, pero llegó á Florencia como triunfador.

En aquella época el palacio Pitti, residencia de los Médicis, se había transformado en una academia de estudio abierta á las bellas artes, y en la cual continuaban ejercitando su talento los mayores maestros de la época.

Fernando II recibió á Salvator mas bien como á un amigo que como á un protegido. El encuentro de la conversacion de nuestro artista y su reputacion de pintor, poeta y músico le rodearon de mil adoradores, y convirtiendo su habitacion en el asilo de los placeres y del gusto, la hicieron el punto de reunion de todos los bellos ingenios de Florencia.

En medio de su esplendorosa posicion, acordándose el artista de los aplausos que le valió el Carnaval de 1659, se hizo fundador, autor y mejor actor de la academia teatral de los *Perseus*. En embargo, en esta ocasion no olvidó por el teatro la carrera mas noble que profesaba con tanta gloria; y así durante su residencia en Florencia, pintó los lienzos de *Heracles*, una multitud de batallas y paisajes, el *Triunfo de David* y muchas otras obras maestras.

Con todo, ni su regalada vida ni sus innumerables faunos lograron endulzarle el amargo pan del destierro; tampoco le atemperaron el dolor de verse separado de Carlo Rossi y de otros amigos.

A los tres años de estancia en Florencia, y á riesgo de perder su libertad, tomó la posta en medio de la noche, llegó á los jardines de la Vigna Navicella, sobornó al *custode*, y envió al instante una circular á diez y ocho amigos suyos. Todos le fueron puntuales á la cita, recibieron sus abrazos, se sentaron al sonuoso banquete que les dió, y lo vieron en seguida montar á caballo con direccion á Toscana, donde entró antes que huera en su aventura, ya sus amigos de Florencia, ya sus perseguidores de Roma.

Los aplausos justificaron siempre la confianza que Salvator confesaba tenía en su genio. Hallándose cierto día tocando un clavicordio bastante malo, entró un amigo y le preguntó por qué tenía en su casa un instrumento que ni siquiera valía un escudo.

—¿A que vale mil, dijo Salvator, antes que lo volvais á ver? Hicose la apuesta, y Ross pasó al instante en la parte superior del instrumento un paisaje que se vendió en mil escudos y fué mirado por una de sus obras maestras.

Como á Salvator le parecían demasiado pesadas las ligeras cadenas que lo tenían atado á la corte de los Médicis, obtuvo retiro en la villa de Monte Buffoli, magnífica propiedad de su amigo el conde Hugo Malfei. Allí pasó muchos años estudiando la rica naturaleza de los Maremas, los ásperos montes de Pomarance, de Querceto y de Monte Catini, y las pintorescas ciudades de Volterra, Colle y San Gimignano. Consagraba sus ocios á reunir y completar sus obras literarias. Empero con volver á Roma dió al cabo en el continuo blanco de sus deseos. Los más de sus enemigos habían ya muerto, y los otros los tenía acallada su gloria refulgente. Al entrar en triunfo por la puerta del Pueblo se acordó sin duda de cuando cierto pobre jóven entraba por la de San Juan á pié y con un misero hatillo á cuestas; Compro una casa en el monte Pincio, la adornó con un lujo casi desconocido, y continuó la vida de alto señor para la cual parecia lo había formada la naturaleza. La *Pitonesis de Endor*, portentoso cuadro que es uno de los mas preciosos adornos del Louvre, fué entregado entonces por el apogeo de su

luz; pero por desgracia era uno de los últimos brillos que se desprendian de su genio moribundo. Una vejez prematura logró helar la imaginacion de fuego y la fogosidad volcánica que nunca habían podido ser contenidas. Se le acortó la vista, se debilitaron sus facultades morales, cayó hidrópico, y el 15 de marzo de 1675 falleció á los 58 años de edad.

Toda Roma lloró al artista inimitable á quien había desconocido por largo tiempo.

Aguardábale un sepulcro digno de él. Si á los despojos mortales de Rafael los abrigaba en su seno el panteon de Agripa, á Salvator le debían dar último asilo los termos de Diocleciano, que Miguel Angel había convertido en la iglesia mas noble de Roma. Al gran artista del siglo XVI le había tocado preparar el sepulcro del gran pintor que acababa de terminar con su nombre la lista de las glorias de Italia.

## LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

### RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

#### EL CUARTEL BAJO.

(Conclusion.)

El distrito que media entre dicha calle de Embajadores y la de Lavapies, está cortado de N. á S. por las erasdes lineas tituladas calles del *Meson de Paredes*, de la *Comadre* y de *Jesús y María*, y de E. á O. por las tituladas de *Juanolo* (en que vivió el célebre ingeniero flamenco *Juanolo Torriano* en tiempo del Emperador Carlos V) de la *Encomienda*, de las *Dos Hermanas*, de los *Abades*, del *Oso*, de *Cabestreros*, del *Sombrero*, del *Trilobete* y otras; todas bastante rectas, desahogadas y con un regular caserío, pero absolutamente desuadas para nosotros de todo interés artistico é históricos.—Únicamente en la principal, ó sea la del *Meson de Paredes* (en que estaba la casa del conde del mismo título), existe como ya dijimos anteriormente á su núm. 74 el preciosísimo establecimiento de beneficencia titulado de la *Fuadra* (2), Casa de niños expósitos, cuya direccion corre á cargo de la junta de señoras, y es de tan alta importancia, que sólo ingresan en ella anualmente mas de 1500 criaturas, existiendo siempre un año con otro unas 4.000.

Esta excelente institucion, que tuvo principio en 1672 por la piadosa cofradía titulada de Nuestra Señora de la Soledad, sita en el convento de la Victoria (de que ya hicimos mencion cuando tratamos de los teatros de Madrid) tuvo primero su casa en la Puerta del Sol entre las calles de Preciados y del Cármen; después se trasladó á la del Soldado, en el edificio conocido por el nombre de *Galera vieja*, y ya entrado este siglo, vino á parar al edificio que hoy ocupa, y que aunque no todo lo espacioso y bien dispuesto que requiere tan importante establecimiento, es sin embargo muy digno de ser visitado por su buena distribucion, organizacion y gobierno.

Algo mas abajo en la misma calle, ó mas bien en una plazuela que se forma delante de él, está el *Colegio de San Fernando*, á cargo de los *Padres Escolapios*, fundado en 1729, y llamado bajo la proteccion de la villa de Madrid en 1754, en el cual reciben la instruccion primaria gratuitamente unos 1.800 niños, y además se admiten alumnos internos que pagan una pension diaria, y para los cuales hay cátedras de gramática, latitud, historia, geografía, matemáticas, etc.—El templo propio de esta casa es uno de los mas bellos de Madrid, por su planta que consiste en una hermosa rotunda precedida de un espacio cuadrangular que hace veces de nave, y cubierta por una hermosa cúpula que sobresale notablemente entre todas las de las iglesias de Madrid. Fué construido por el hermano Miguel Escribano, y terminado en 1791; y la bella coleccion de esculturas que decoran sus altares, obras todas de los artistas moleranos, llama justamente la atencion de los inteligentes.—Algo mas arriba, frente de la fuente y calle llamada de *Cabestreros*, se ha habitado la casa núm. 59 para convento de las monjas de *Santa Catalina de Sena*, que antes estuvo donde hoy las casas nuevas frente al palacio del Congreso, y fué demolido por los franceses.

En las demás calles de este distrito muy poco ó nada merece especial mencion; únicamente diremos que la llamada de la *Comadre*, y anteriormente de la *Comadre de Granada*, que corre entre la de la *Esgrima* y el barranco de *Embajadores*, es una de las mas pobladas de Madrid, como que cuenta el crecido número de 2854 habitantes, y la numeracion de sus casas, la mayor parte bajas y humildes, alcanza

(1) Véanse los números anteriores.

(2) Este nombre le ha sido dado vulgarmente por corrupcion y á causa de una imagen de Nuestra Señora que se conserva en su capilla, y que trajo un soldado de *Eschizen*, ciudad de Holanda.

al 95.—Todas estas calles y sus traveras, especialmente á la parte baja, están habitadas por artesanos, jornaleros y dependientes de las fábricas de tabacos y otras, y la ya indicada de la *Comadre* se ha distinguido siempre por la animación de su vecindario, del que (si hemos de creer á su viajero inglés contemporáneo, muy inteligente en la materia), forma una buena parte la raza trashumante de los gitanos.—Otras calles masallitas de este distrito, que desembocan en la nueva plaza del *Progreso*, como la de la *Espada*, de *Jesus y María* y la misma del *Moson de Paredes*, han mejorado mucho su caserío en estos últimos años, y la de *San Pedro Martir* llegará á adquirir una gran importancia el día en que, abierto el colegio de la *Trinidad* que tiene frontero, y continuado hasta frente de él la calle de *Carretas*, rompa aquella á su sistema la irregular manzana 47, en la calle del *Calvario*, y pueda continuar casi rectamente por la de *Lavapiés* y la de *Valencia* la gran vía general de Norte á Sur que tanto falta en Madrid y queda interrumpida por el ya citado convento de la *Trinidad*.

Al extremo de la calle de *Valencia*, y entre el porfido de este nombre y el de *Embajadores*, se estiende un erial lomeno, conocido por el *Barranco de Embajadores*, sitio indudablemente abandonado y que debe regularizarse por la villa, plantando en él un paseo que sirva de desagüe y salida á las calles del *Moson de Paredes*, del *Espino*, de la *Comadre* y demás de aquellas populosas barriadas, quedando todavía espacio por su forma irregular para construir un amplio mercado de *caballerías*, donde pueda celebrarse sin peligro el que se tiene todos los jueves en el mismo sitio.—Para ambos objetos fué solicitado este terreno en 1847 á nombre del ayuntamiento; pero el gobierno, á quien corresponde por amortización, no tuvo á bien acceder á ello, y así permanece sin utilidad de nadie, antes con detrimento de la salubridad, comodidad y ornato de la villa.

Entramos en el celeberrimo distrito de *Lavapiés* ó del *Arapiés*, como antiguamente sólo escribáse, sin que acertamos á explicar la etimología de este nombre con la caudidez del buen D. Nicolás Fernández de Moratín (1), pero que con ambos títulos viene emblematizando hace tres siglos á la población indígena madrileña en el último término de la escala social.—No nos meteremos en eruditas y empalagosas investigaciones para buscar en tales ó cuales razas el origen de esta parte del pueblo bajo de Madrid apellidada la *Manzanera*, que tiene su asiento principal en el famoso cuartel de *Lavapiés*, aunque rebasando tambien á los inmediatos de *Embajadores*, el *Rastro* y las *Vistillas*. Para nosotros es evidente que el tipo del *manojo* se fué formando espontáneamente con la población propia de nuestra villa, y la agregación de los infinitos advenedizos que de todos los puntos del reino acudieron desde el principio á la corte á buscar fortuna. Entre los que vinieron guiados de próspera estrella y cambiaron sus humildes trajes y groseros modales por los brillantes uniformes y el estudiado idioma de la corte, vinieron tambien, aunque con mas modestas pretensiones, los alegres habitantes de *Triana*, *Macarena* y el *Campano* de Sevilla; los de las *Ibarras* de Murcia y de Valencia; de la *Manzanera* de Valladolid; de los *Porchelos* y las *Islas de Riarra*, de Málaga; del *Azoguejo* de Segovia; de la *Olivera* de Valencia; de la *Rondilla* de Granada; del *Potro* de Córdoba; y las *Ventillas* de Toledo, y demás sitios célebres del mapa pintoresco de España, trazado por la pluma del inmortal autor del *Quijote*; todos los cuales, mezclándose naturalmente con las clases mas humildes de nuestra población madrileña, adelantándola con su ingenio y travessura, despertando su natural egaridad, su desenfado y arrogancia, fueron parte á formar en los *manojos* madrileños un carácter marcado, un tipo original y especialísimo, aunque compuesto de la gracia y de la jaquetencia andaluzas, de la viveza valenciana, y de la seriedad y entonamiento castellanos.

Cuando á mediados del siglo XVI se verificó casi simultáneamente con la venida de la corte la tercera ampliación de Madrid, ya existía numeroso caserío mas allá de la cerca que segun dijimos corría desde la *Puerta de Anton Martín* hasta la calle de Toledo; y aquellos sitios costaneros y despejados, por donde ahora corren las calles de *Lavapiés*, del *Olivar*, del *Avenaria* y sus traveras, eran ya célebres por sus afamados ventorrillos, tabernas y bodiegos, entre los cuales sobresalía el sembrado de *Mansuela*, sito en el *Campillo* (hoy calle), que conserva su nombre; y los altillos y rellanos de *Buena vista*, de las *Damas* y *Primeravera*, entre los puntos adonde acudían á solazarse los menestrales madrileños, como ahora al nuevo arrabal de *Chamberí*.—Con el trascurso del tiempo y el aumento de la población, fué apropiándose el caserío y formando dichas calles y otras muchas, tales como las de la *Cabeza* (2), del *Calvario*, del *Olimo*, de las *Ministriles*, de los

*Tres puros*, de la *Esperanza*, de *Zurita*, del *Salitre* y de la *Fé*.

Arteria principal de todas ellas, y centro de este bullicioso distrito, la calle de *Lavapiés*, que como la del *Berquillo*, tuvo el privilegio de apellidarse *Real*, arranca de la estremidad de la de la *Magdalena*, y estrecha al principio, y aunque siempre desigual y costanera, va ensanchando después y adquiriendo grande importancia como rio creciente y majestuoso, con la incorporación de la de *Jesus y María* al *Campillo* de *Mansuela*, y luego con las del *Olivar* y del *Avenaria* en la famosa *Plazuela de Lavapiés*, que es la *Puerta del Sol* de aquel distrito, ingreso y orazon de todas aquellas y otras bocas colles; hasta que cambiando su nombre por el de *Valencia*, llega al porfido del mismo nombre.—Los expresivos de todas estas que quedan ya apuntados, revelan bien á las claras su humilde historia ó sus condiciones materiales.—La del *Avenaria* recibió este nombre del Beato Simón de *Rojas*, que parece hizo espulsar de ella á las prokilitas que la ocupaban; y por eso se llamó tambien de San Simón una de las cantigas. La del *Calvario* debió apellidarse así por el que existía en aquel sitio en dirección á *Alocha* y mereció justamente este nombre por el horrible desvalle de su suelo; la de la *Escuadra* por su forma en esta figura; las del *Olimo*, del *Olivar*, de la *Rosa* y otras por los plantas y huertas en que fueron trazadas; la del *Salitre* por su inmediación á las tierras y fabricas del mismo (adonde hoy se ha trasladado la *Aduana*), y así las demás; sin que en ninguna de ellas exista edificio, monumento, ni recuerdo histórico de importancia que decore ó enaltece aquella humilde memoria.—En la calle llamada de la *Torreclilla del Leal* existe únicamente la casa ó iglesia de la venerable congregación de San Pedro de *presbiteros naturales de Madrid*, muy célebre por su filantrópica piedad y por haber pertenecido á ella insignes escritores como Lope de Vega, Calderón de la Barca (á quien heredó), Solla, Gerónimo Quintana y otros.—Al extremo de la calle de la *Fé*, que viene desde la plazuela de *Lavapiés* hasta la calle del *Salitre*, se alza la *parroquia de San Lorenzo*, que fué anejo de San Sebastian desde 1663 en que se construyó, y hoy es parroquia independiente y acaso la mas poblada de Madrid, pues comprende 6624 vecinos y 24988 feligreses. Este templo sufrió un horroroso incendio el día 16 de junio de 1851, habiendo sido reparado luego con las limosnas de los feligreses.

A esta nueva barriada apartada y humilde debieron naturalmente refluir las clases mas desvalidas de la población, cuando creciendo esta en número é importancia, rebasó las antiguas cercas y cubrió de edificios costosos las calles y términos de la villa. Formose pues la natural division de *barrios altos y bajos* (1), y ocupando los primeros los empleados de la corte y las clases acomodadas, tozaron naturalmente los segundos á los jornaleros menestrales; aquellas renovándose continuamente con los favores del poder y de la fortuna, con la inmigración constante de los forasteros, y con el trasiego de los propios en viajes y comilones, modificaron infinitamente su carácter y tipo primitivo, perdieron el colorido local, y de la reunión de aquellos matices adoptados de tan diferentes orígenes y fundidos en el crisol de la corte, vino á formarse otro especial, y por cierto bien interesante, que es el del *habitante de Madrid*, pero los signos característicos del *madrileño* (especialmente en la parte menos culta de la población) que pudieron escapar al roce continuo de los otros pueblos y á las tendencias, intrigas y favores cortesanos, han llegado hasta nosotros trasmitidos de generación en generación en los habitantes de los barrios bajos.—El trascurso del tiempo, los sucesos históricos y políticos, y la alteración consiguiente de las costumbres, han podido ciertamente modificar las condiciones de aquel carácter primitivo; pero aplicando á su análisis un estudio concienzudo, y haciendo abstracción de los accesorios, es fácil descubrir al través de ellos el tipo original del *madrileño* arrogante y leal, temerario é insolente, sarcástico y hasta agresivo contra el poder; desdeñoso de la fortuna y de la desgracia; mezcla del fatalismo árabe y del orgullo del valor y de la merced castellanos.

Este pueblo madrileño que tanta parte tomó en las revueltas políticas de los pasados siglos, que defendió tenazmente la causa de su legítimo rey D. Pedro de Castilla contra el dichoso D. Enrique, y mas tarde la legitimidad andalza de la desechada Doña Juana la *Baldranca* contra la misma princesa Doña Isabel, que negó los tributos y alzó barricadas en unión con los condes de Castilla contra las huestes del poderoso emperador, quedó como amortiguado, y aun pudiera decirse que habia cambiado del todo, cuando halagado por la fortuna, vió fijarse en medio de él la opulenta corte castellana, y se convirtió durante siglo y medio en sumiso y obediente súbdito de los monarcas de la austriaca dinastía; pero durante la minoría del desechado Carlos II, y el gobierno de la reina madre, aparece ya el pueblo madrileño tomando una parte activa en las turbulencias públicas ocasionadas entre la reina y D. Juan de Austria con motivo de la pri-

(1) Vivió con sevillanos padimidos  
los que habitan el ayre donde vivo  
los piz el agua de aridos presados.

(2) En la casa número 16 de esta calle existía la casa solariega de la *Comadre*, y en ella fué asesinado por el populacho su dueño el día 4 de mayo de 1821 el desdichado D. Mateo Jimeno, antiguo cura de *Tramoyes*, preso en ella por los planes contrarrevolucionarios que se la atribuyeron.

(3) Aunque posteriormente las de *Maravillas* y *Afipidos* y otras en la parte alta de la población compartieron con las *Damas* el *Albergue* de estas clases y fueron equiparadas en la misma categoría, la parte del *veintid*, rio conocida por la *Manzanera*, prefirió siempre los bajos del *Arapiés*, *Rastro* y *Embajadores*.

anza del jesuita Nitard, y mas adelante del osado D. Fernando Valenzuela; persigue á ambos con su reprobacion, con su censura, con sus sátiras y con su fuerza material, hasta que les obliga á abandonar el puesto y huir del encanto popular. Luego en los últimos dias del reinado miserable del mismo Carlos, se presenta de nuevo terrible y osado á las puertas de su real alcázar en 1699 con pretexto de la carestía del pan, á pedir, ó mas bien ordenar al monarca, que despierte de su prolongado letargo; y no depone las armas hasta que recibe sus seguridades y obliga á la fuga al ministro conde de Oropesa.

En principios del siglo pasado, y durante la famosa guerra de sucesion, mayoría es la parte tan activa que tomó el pueblo propio madrileño, y las pruebas tan ostentosas que dió de su simpatía hacia la persona de Felipe de Borbon y contra las intenciones del archiducado, en los breves dias que estas le ocuparon, en que no hubo género de semejanzas, de desmanes y alarvosias que no pusiera en juego contra los desgraciados austriacos, los cuales (segun el marqués de San Felipe, historiador de aquella guerra) pagaron bien caro su momentáneo paso por las calles de Madrid.—Adelantada ya la segunda mitad del siglo, todavia el fiero madrileño ostentó un dia toda la arrogancia de sus antecesores defendiendo sus capás y chamborgos, afianzando las ventanas del ministro Esquilache, persiguiendo á las tropas extranjeras, y marchando osado en numerosas turba á las órdenes del zapatero Bernardo hasta el mismo palacio y real cámara de Aranjuez, á imponer condiciones de potencia á potencia al mismo monarca, el gran Carlos III.—Durante casi medio siglo dormió al parecer tranquilo el imperterito pueblo de Madrid; pero el 19 de marzo de 1808, surgiendo de nuevo terrible y vengador contra el poder y la osadía de un nuevo y mas arrogante favorito, se presentó en los mismos sitios y con el mismo imponente aparato que en 1766 (1), y comenzó á repetir el drama que fué á terminarse como aquel en las acillas del Tojo.

En aquel famoso año, clásico para toda la nacion española, y especialmente para el pueblo madrileño, hay tres fechas eternas que jamás podrán borrarse de sus anales: 19 de marzo, 2 de mayo, y 2, 3 y 4 de octubre. En la primera consiguió derrocar la firma del poderoso valido, y obligó á bajar de su trono al monarca débil y apocado; en la segunda desahó y abatió, aunque á costa de un cruento sacrificio, el orgullo y arrogancia de las huestas del dominador de Europa; en la tercera, en fin, se abrevió á resistir á este en persona y al frente de sus ejércitos, oponiéndole sus débiles tropas y la fortaleza y temeridad de sus pechos.—El pueblo de Madrid, que subyugado y encadenado al carro del usurpador, sufrió durante cinco años los efectos de su ira, los rigores del hambre y de la miseria, no perdió por eso un momento su carácter desdichoso y arrogante, y jugando con las cadenas que no podia romper, se motaba del intruso rey y de su gobierno; le alibaba y escarnecía en las calles y en las ocasiones mas solemnes (2), y moría á manos del hambre espantosa de 1812, sin querer recibir el menor auxilio de los enemigos, ni perder un momento su dignidad, su agresivo carácter y audacia.

Peró volviendo al tipo especial del *manolo* de Madrid segun hoy le conocemos y segun nos lo dejó pintado Goya en sus caprichos, y en sus deliciosos sinetes el picaroso D. Ramon de la Cruz, debemos suponer que ha venido sufriendo constantes y sucesivas modificaciones en sus costumbres, modales y traje: sus oficios mas favoritos continúan siendo, como en el siglo pasado, los de zapatero, tabernero, carnicero, calesero y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, que constituan hasta hace pocos años los gremios de *traperos*, *chisperos* y otros; abandonada la colera y redicella, el calzón y *chupeta*, el capote de mangas y el sombrero apuntado con que nos le pintan á principios de este siglo, su traje actual, modificado con la imitacion de los de Andalucía y de clases mas elevadas, consiste generalmente en chaquetilla estrecha y corta con multitud de botoncitos; chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar mas que el primero; camisa bordada, doblado el cuello y recogido con un pañolito de color saliente asido con una sortija al pecho; faja encarnada á amarilla, pantalón ancho por abajo, media blanca y zapato corto y ajustado. El som-

brero redondo y alto, terso y reluciente, ha sido trocado por el sombrero calañés; pero la varita en la mano, y la terrible sortija á la cintura, son prendas de que no se ha desprendido todavia ningún *Manolo*.

Este nombre (á nuestro entender) no tiene otra antigüedad ni origen que el propio con que quiso aliar al famoso personaje de sus horresca *tragedia para sair y sainete para llorar* el ya dicho D. Ramon de la Cruz, pues en ninguna obra anterior de los escritores de costumbres y novelas, tales como Castillo, Zabala y otros, hallamos designados con este nombre á los habitantes de aquellos barrios de Madrid.

En cuanto á la *manola*, precioso y clásico tipo que va desapareciendo á nuestra vista, y cuyo donaire, gracia y desahado son proverbiales en toda España, ¿quién no conoce el campanudo y guarnecido guandapiés, la nacacada media, el breve zapato, la desprendida mantilla de tira y la artificiosa trenza del peinado de Para la *Salada*, *Gerona* la *Costañera*, *Manola* la *Ribetoladora*, *Pepa* la *Naranjera* y *Colasa*, *Damiana* ó *Isurpeta*, las *fontanas*, *sabueras* ó *oficiales* de la librería de cigarros? ¿Quién no sabe de memoria sus dichos gráficos, sus epigramas naturales, su proverbial ferocidad y arrogancia? ¿Quién no vé con sentimiento confundirse este gracioso tipo en el otro repugnante de la mujer mundana, que en su deseo de parecer bien, ha querido parodiar la gracia, traje y modales peculiares de la *manola*?

El carácter altivo é independiente de estas clases en ambos sexos, su animosidad contra todo lo extranjero ó sus recuerdos, su indómita arrogancia, y su escasa instruccion, unido todo á los vicios y dispacion propios de las grandes poblaciones, ha hecho que hasta hace pocos años esta parte del vecindario de nuestra villa fuese como una poblacion aparte, aislada, hostil y temible para el resto de ella; pero las vicisitudes políticas por que hemos pasado en lo que va de siglo, y en que tanta y tan apasionada parte ha tomado en todas ocasiones el pueblo bajo de Madrid, le fueron á verdades en general, y castigando duramente sus pasiones, sus excesos, sus demanias y exageraciones de 1814, 1820, 1825, 1834 y 1847, le dieron á conocer bien á su costa que habia en la sociedad otra fuerza mayor que la fuerza material, y que habian pasado los tiempos de los *ignos* y *latrones*, de los *trágalas* y las *pállas*.

Desde entonces, mejorándose simultáneamente la instruccion, y aumentando la vigilancia del gobierno, creciendo en ellos el amor al trabajo y á los gozes mas halagüeños de una sociedad culta, y estendiéndose tambien en aquellos barrios extremos una parte de la poblacion mas acomodada con el aumento y mejora del caserío, la entrada en ellos ha dejado de ofrecer un valladar impenetrable á las personas decentes; ya no chocan el ruido de los coches, ni son perseguidas las señoras con *gorra* ni los hombres con *futrage* ó *lonsa*; los chicos de tierna edad no aparecen ya en cueros ó en camisa jugando al toro ó apedreándose á cada esquina; antes bien se recoge en las benéficas aulas de las *escuelas pias* y *salas de asilo*, de las calles del Espino, de Atocha ó de la fábrica de cigarros; las *manolas* no serpentean ya todo el dia con sus trajes ondulantes y campanudos (excepto aquella parte proporcional dedicada al vicio y á la prostitucion); asisten á trabajar modesta y silenciosamente en aquella fábrica, ó en los particulares obradores de zapatería, sastrería y otros; los *manolos* son tambien artesanos ó mercaderes ambulantes, y han tomado el gusto á una ganancia legitima y segura, si bien no curados enteramente de la escasa afición á los toros y á la taberna; y preciso es confesarlo (á despecho de los encomiadores de todo lo antiguo) el pueblo bajo actual de Madrid, entrando sin replicar en el sorteo para la quinta (de que antes estaba exceptuado), pagando su patente industrial y su habilitacion al casero, uniendo para ir á los toros el antiguo y estrepitoso *calestín* por el *ómnibus* comunista, los *separadillas* por la *polka*, la *bandurria* y el *pandero* por la orquesta militar ó el organillo alemán, y asistiendo frecuentemente á la ópera del Circo ó al ferro-carril de Aranjuez, si ha perdido la honrra local, excepcional y tal vez pública que dignificó al D. Ramon de la Cruz en sus admirables farsas de *La casa de Thameuroque*, *El Manolo*, *Las Costañeras picadas*, *La Venganza del Zurdillo*, ha ganado y mucho en moralidad, en instruccion y en bienestar, y bajo todos estos aspectos el distrito de Lavapiés puede sostener actualmente el parangón con la demás de Madrid.

La ancha y espaciosa calle de *Santa Isabel*, por su izquierda, y las demás traviesas entre esta y la de Atocha, aunque pertenecen al mismo distrito, están generalmente formadas de buen caserío y habitadas por clases pudientes. En la primera de ellas hay que notar la moderna casa palacio de los condes de *Cornellan*, y al extremo de ella el santísimo monasterio de religiosas de *Santa Isabel*, fundado en 1389 en la calle del Príncipe, hasta que la reina Doña Margarita, esposa de Felipe III, las trasladó á este sitio en 1610. La iglesia, terminada en 1603, es muy buena y decorada con apreciables pinturas. Unido á este convento está el *colegio de niñas*, fundado en 1599 por Felipe II con la denominacion de casa-recogimiento de *Santa Isabel*, cuyo patronato corresponde siempre á los reyes de España, y en el que se

(1) Hay que notar la coincidencia de que el ministro Esquilache vivia en la calle de las Infantas y casa de las vietas chimeras, y el príncipe de la Paz, en la otra esquina á la calle del Baquillo.

(2) Entre los infinitos rasgos que la tradicion nos ha conservado significativos de este espíritu del pueblo bajo de Madrid respecto á José Napoleon y su gobierno, no queremos privar á nuestros lectores de un pasajito que ostepció simultáneamente en las esquinas de Madrid con la abluccion ó proclamacion del nuevo monarca, si bien los últimos demarado libros en que está concebido nos hicieron pensar en estamparlo. Decas pues así:

«En la plaza hay un cartel  
que nos dice en castellano  
que José, rey italiano,  
vino á España en donde  
y al leer este cartel  
dijo nos mira á su mozo:  
—Manolo, pon ahí abajo  
que me... en esa ley;  
porque así queremos rey  
que sepa decir...»

admiten también y educan colegialas señoritas pensionistas. Termina esta calle y distrito con las acaemias del nuevo edificio de la Facultad de medicina, y el inmenso Hospital general, cuyos frentes dan ya á la calle de Afocha, que habrá de ocuparnos en el próximo artículo.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

I.

AL PIÉ DE LOS CEREZOS.

El concejo de Gündes está en un pintoresco valle de las Encartaciones, por cuyo fondo cae impetuosamente el Cadagua á desembocar en la ría de Bilbao. En una de las colinas que dominan la Iglesia de San Isidro, y que puede decirse forman los primeros escalones de los Somos, altas montañas que resguardan el valle por el Norte, había en la época á que se refiere la dolorosa historia que comenzamos á escribir, un caserío conocido con el nombre de Echederra. Verdaderamente correspondía á aquel caserío la denominación de *Casa-hermosa*, que es la significación de su nombre vascongado. La casa se alzaba, blanca como una pella de nieve rodada de la montaña, en un bosquecillo de nogales y cerezos, y á su espalda se extendían como una veintena de fanegas de tierra cuidadosamente labradas. Hermosos parrales orlaban toda la *hesa* ó heredad costeano interiormente la cárcaba de que estaba cercada, y luxuriosas hileras de perales y manzanos ocupaban los linderos de las diferentes suertes en que el cercado estaba dividido. La situación del caserío no podía ser mas hermosa; desde sus ventanuzas se descubrían á través del ramaje de los árboles ambas eberas del Cadagua en una estension de dos leguas, y un arroyo que bajaba de los Somos, serpenteaba entre los nogales y los cerezos, en todo tiempo limpio como la plata y fresco como la nieve.

Comenzó los primeros días del mes de junio. Los moradores de Echederra estaban á la caída de la tarde cogiendo dos cestas de cerezas en el campo contiguo á la casa.

—Cuidado, Ignacio, no te caigas, decía una mujer de edad algo avanzada, á un jóven como de diez y seis años, que encaramado en uno de los cerezos, bajaba de rama en rama á darla un canastillo de cerezas.

—Madre, no tenga Vd. cuidado, que ya conozco el terreno, contestó el jóven.

La aldeana desocupó el canastillo en una cesta que estaba al pié del árbol.

—Mira, bájate, dijo el jóven, que ya está la cesta colmada y tu padre y tu hermano han llenado tambien la suya.

El jóven bajó del cerezo de un salto.

Otro jóven de cuatro ó cinco años mas se descolgó al mismo tiempo de uno de los cerezos inmediatos, á cuyo pié estaba un hombre bastante entrado en años.

Estos dos últimos tomaron cada uno de su lado su cesta de cerezas, y fueron á reunirse con los primeros. Poco después se sentaron todos á descansar al pié de los cerezos.

El anciano sacó una bolsa de piel de perro, arrollada y sujeta con una correa á cuyo extremo había una especie de punzon de hueso; la desarrolló, y sacó de ella una pipa que colocó en la boca.

El jóven de mas edad hizo la misma operacion.

—Bautista, dame una pipada, que se me ha acabado el tabaco, le dijo el anciano registrando inútilmente el fondo de su bolsa.

—Padre, se me ha acabado tambien á mí, contestó Bautista que había llenado ya su pipa.

—¡Embustero! exclamó Ignacio con muestras de indignacion. Si te trae yo ayer de Bilbao un cuarteron de tabaco...

—Tú siempre has de ser hablador!

—Y tú siempre has de ser egoista!

—Me da lo gana. El que quiera tabaco que lo compre.

—¿No te da vergüenza?...

—Déjale, Ignacio, dijo el anciano guardando su pipa con triste resignacion. Déjale, que ya sabemos todos los de casa lo que debemos esperar de tu hermano.

—Martín exclamó la anciana, ese nos ha de quitar la vida á todos, ese...

—Cállate, Mari, la interrumpió Martín. Si mucho me gusta el tabaco, me gusta la paz mucho mas.

—Pues si no tenemos paz, tendrá Vd. tabaco, dijo Ignacio. Y echó á correr hacia la casa. Dos minutos después volvió trayendo en la mano una hoja de tabaco.

—Tome Vd., padre, dijo; que aunque yo no fumo, sé lo que Vd. padece cuando no tiene tabaco; y ayer de paso que compré el que mi hermano me había encargado, tomé otro cuarteron con objeto de tenerlo de reserva para los apuros de Vd.

—Sí, replicó Bautista, sí, sí, esas son hojas de lo mío.

—Mira, no me tienes la paciencia... El que las hace las imagina.

—Anda, dijo Mari dirigiéndose á Bautista, que tan ruines son tus pensamientos como tus obras.

—Vaya, vaya! se acabó, dejarse de historias, dijo el pacífico Martín saboreando el humo de su pipa con una delicia que comprenderán los que sepan hasta dónde llevan su pasión al tabaco los vascongados.

El que escribe estas páginas recuerda un ejemplo con que su madre, que Dios haya coronado de gloria, procuraba apartarle de aquel vicio, si es que el nombre de vicio merece el uso del tabaco, que proporciona hasta al mas pobre uno de los gozes mas dulces de la vida, sin perjudicar su salud ni obligarle á desatender las santas obligaciones de la familia.

—«Tu abuelo, le decía, era el hombre mas pacífico, mas sufrido y mas bondadoso del mundo; todos los trabajos no bastaban á irritarle ni á abatirle; pero cuando no tenía tabaco, era la casa un infierno y no había consuelo para él. Jamás se le vió enfadado ni triste teniendo para llenar su pipa.»

¡Inútiles consejos! El nieto dijo para sí:

—«Cuando mi abuelo era tan apasionado al tabaco, el tabaco debe ser cosa buena.»

Y con los primeros cinco cuartos que tuvo, compró una onza de tabaco y una pipa, se fué al castañar inmediato, y allí rióndole culto al ídolo de su abuelo hasta quedar narcotizado como un fumador de opio.

Si su abuelo alzara hoy la frente del sepulcro,

—«Buen nieto mío, le diría, respetas las tradiciones de tu familia!»

La paz se había restablecido entre la de Martín. El sol se había ocultado completamente, y aunque el día había sido caluroso, era deliciosa aquella hora.

—Cenaremos pronto, dijo Martín, y nos acostaremos en seguida, porque mañana hay que madrugar para que vosotros lleguéis con las cerezas á Bilbao antes que caliente demasiado el sol. En! conque vamos á casa, que Juana tendrá ya aviada la cena.

—Mira, Martín, dijo la aldeana á su esposo, mejor sería que cenáramos aquí.

—Sí, sí, contestaron padre é hijos; que en casa hará mucho calor.

—¿Juana? gritó Mari volviéndose hacia la casa.

—¿Qué quiere Vd., señora madre? respondió una muchacha desde la ventana.

—En cuanto esté la cena, traela, que vamos á cenar aquí.

—Pues allá voy, dijo la jóven, y poco después salió de la casa y se encaminó hacia los cerezos, llevando en un triguero ó criba una fuente de sardinas frescas cubierta con una servilleta y una borona tierna y amarilla como el oro.

Juana era una muchacha de diez y ocho á veinte años, risueña como una mañana de san Juan, y colorada como una rosa. Volvió boca abajo el triguero al pié del cerezo, le cubrió con la servilleta, puso encima de aquella mesa improvisada la fuente de sardinas, partió unas cuantas revanadas de borona, que colocó con simetría en torno de la fuente, y previa la bendicion de la mesa que echó Martín, se puso á cenar toda la familia conversando alegre y pacíficamente.

—Ya vamos aliviando de su peso á los cerezos, dijo el anciano, y lo siento por el señor D. José.

—D. José, repuso Bautista, no lo sentirá mucho; quienes lo sentirán serán los pájaros.

—En á cabándose las cerezas, no vendrá el señor D. José todas las mañanas después de decir misa á tirar desde nuestra ventana á los tordos y los picazos... ¡Malditos de coquer! Acuden á bandadas á los cerezos por mas que uno les ponga espantajos.

—Y ya que se habla del señor D. José, dijo Mari, ¿cómo no habrá venido esta mañana?

—Porque hoy está á Castro á encontrar á su sobrino el indiano, contestó Martín.

—¿Conque viene hoy su sobrino? ¡Ay cuánto me alegró á ver si nos da noticias de tu hermano.

—Dios quiera que nos las dé! Mira que es cosa que aturde no haber vuelto á saber de mi hermano desde que nos escribió de Méjico hace tanto tiempo. Mucho me temo que haya muerto, porque de vivir lo que es él no estaba sin escribirnos.

—Así lo creo, Martín. Y no se diga que nos quería mal; porque la última carta que escribió no podía ser mas cariñosa.

—¿Qué lástima no se le haya llevado paleta! dijo Bautista.

—¡Ave María purísima! exclamó Mari. ¡Qué alma tiendes, hijo!

—¿Qué nos importa á nosotros que viva ó que no viva si nunca nos manda un cuarto?

—Lo que yo quiero, replicó Martín, es que viva, aunque tenga un Polso y no nos dé estopas para la ancian.

—Pero, ¿viene de Méjico Mateo, el sobrino del señor D. José? preguntó Juana.

—Yo no sé, contestó su madre; pero ello de hácia allá ha de ser, porque viene de las Indias... y dicen que viene muy rico.

—¿Cuánto me alegro por el señor D. José que es tan bueno! exclamó Martín.

—¡Calla! dijo Bautista, ¿no son ellos aquellos que vienen por el castañar? Sí, sí, allí viene D. José, en nombrando al ruin de Roma...

—¡Callate, hereje, le interrumpió Mari. ¡Pues no llama ruin al señor D. José!

## II.

## NOTICIAS DE MÉJICO.

En efecto, por una calzada que atravesaba un castañar situado á tiro de piedra del caserío, asomaban el cura y su sobrino Mateo, cabalgando en sendas mulas, seguidos de una recua que conducía el equipaje del individuo.

El señor D. José era el cura párroco de san Isidro de Güeñas; era un anciano bastante obeso, cuyo rostro y cuyas palabras respiraban bondad de corazón. El indiano era un bello jóven de veintitantos años.

Los moradores de Echederra corrieron á saludarlos, excepto Bautista que prefirió á dar aquella carrera el seguir engullendo las sardinas que quedaban en la fuente.

—¿Qué tengo yo que ver con el indiano ni con su tío? dijo. Para lo que le han de dar á uno...

El párroco detuvo su cabalgadura apenas vió á sus feligreses, y su sobrino le imitó.

—¡Hola, Martín! ¡hola, Mari! exclamaron tío y sobrino.

—Buenas tardes, señor D. José y la compañía, contestaron todos.

—¿Será posible, dijo Mari, que este caballero sea...

—Mateo, se apresuró á responder el indiano: yo soy aquel muchacho travieso que hace seis años les apedreaba á Vds. los frutales cuando iba á Echederra con el tío.

—¿Bendito sea Dios, quien lo habla de decir! Porque está Vd....

—¿Qué usted ni qué deha enararlos! Pues no faltaba más, habiendo reconocido á Vds. como un renacuajo! Vaya, que Juana está hecha una arrogante moza.

La muchacha hájó los ojos, y sus mejillas que comunmente parecían dos rosas, se pusieron como dos claveles.

—¿Cuánto ha crecido Ignacio! continuó el indiano. ¿Y qué me dicen Vds. de Bautista?

—Allá arriba queda...

—Ese tan descastado como siempre, ¿no es verdad? ¡Cuánto me tiene hecho rabiar en este mundo!

—¿Y cómo le ha ido á Vd.?

—No admito el tratamiento, Martín.

—Si no puede uno acostumbrarse...

—Pues es menester que Vds. se acostumbren. Me ha ido regularmente. Tengo mucho cariño á mi país, y sobre todo á mi tío que me sirvió de padre desde que quedé huérfano, y así que me vi con un capitalito... pequeño sí, pero el suficiente para bandearse uno en este país y para vivir feliz teniendo poca ambición como yo tengo, dije: á Güeñas me vuelvo; que el tío es ya viejo y quiero vivir á su lado para mimarle y pagarle en lo posible el bien que me ha hecho... Pero ahora que me acuerdo, Vds. deben ser los más ricos de toda Vizcaya.

—A Dios gracias, no nos falta un pedazo de borona.

—¿Qué es lo que Vd. dice, Martín? ¿Y la herencia?

—¿De qué herencia habla Vd., D. Mateo?

—¡Dale con el don y el usted! De la de su hermano de Vd. que esté en gloria.

—¡Dios mío! ¡Conque ha muerto! exclamaron Martín y su familia prorumpiendo en llanto.

—No puedo asegurarlo, contestó el indiano algo perplejo. Estaba bastante delicado...

—¡Ah! ¡Conque ha muerto! No nos lo niegue Vd....

—Sí, murió hace dos años, contestó el indiano. Pero ¿es posible que Vds. no lo supieran? ¿Y el enorme caudal de que dejó á Vds. herederos?...

—¿Que se le guarden los que le tengan! dijeron á una voz Martín, su mujer y sus hijos.

—Amigos míos, replicó el cura con tono cariñoso, los duelos con pan son menos. Tenemos que hablar mañana de este asunto, ya que ahora no están Vds. para ello.

La noche comenzaba á cerrar. El indiano y el cura hicieron por

consolar á aquella afligida familia, y se despidieron siguiendo unos hácia el valle y tomando otros al caserío.

—¡Ha muerto!! ¡Ha muerto!! dijeron á Bautista sus padres y sus hermanos al llegar á los cerceos.

—¿Y estaba rico? ¿Vos ha dejado herederos? preguntó á aquel con ansiedad y alegría.

—¡Bautista! exclamó Martín con severidad, ¿tienes mal corazón! En el pacífico y bondadoso Martín, la severidad equivalía á indignación.

Muy pronto desaparecieron todos por la puerta del caserío. Nadie se acordó de las cerceas, que por la mañana fueron pasto de los cerdos; nadie se acordó de ir con ellas á Bilbao, porque en casa de Martín todos se ocupaban de la muerte del pariente americano, Bautista para indagar si de ella podía resultar riquezas, los demás para llorarla.

Al salir el sol la mañana siguiente, subía á Echederra el cura. No llevaba la escopeta como otras veces, y le acompañaba su sobrino Mateo. Al llegar al caserío encontraron á Martín y su familia algo más resignados, algo más tranquilos que los habían dejado la víspera, algo más dispuestos á oír hablar de intereses.

—Vaya, Martín, dijo el indiano, es preciso que sean Vds. razonables. Ya que el difunto nombró á Vd. su heredero, es preciso que reclame Vd. la herencia, aunque no sea más que para socorrer con ella á los pobres.

—Tiene Vd. razón, D. Mateo, contestó Martín.

—Pues bien, diré á Vds. lo que hay en el particular. Su hermano de Vd. poseía un capital de quinientos mil pesos...

—¡Quinientos mil pesos! exclamó Bautista, ¡y nunca nos mandó un ochavo!!!

—Su hermano de Vd. era muy avaro... Pero respecto á los muertos, y guerra á los vivos; quiero decir á los que tan indeciblemente han abusado de la confianza de un moribundo. Los albaceas de su hermano de Vd. han hecho correr la voz en Méjico de que han cumplido religiosamente la voluntad del difunto, y nadie duda de su buena fé. Es preciso que escriba Vd. allí inmediatamente reclamando la herencia, y si no se dan por entendidos, ya veremos lo que se ha de hacer.

—Bien está, D. Mateo, haremos lo que Vd. nos aconseje.

En Echederra no había recordado de escribir.

—Bautista, dijo el cura, haga en dos saltos á casa y que te dé Antonia papel, tintero y obleas.

Bautista era perseguido como él solo; pero se trataba de la adquisición de grandes riquezas, y se apresuró á obedecer á D. José.

Antonia, el ama del cura, era una anciana cariñosa, buena y despreñada, cualidades muy raras en las amas de los curas.

Bautista la encontró como nunca alegre y deseosa de charlar.

—Conque vamos, ¿me da Vd. eso, Doña Antonia? la decía.

—Sí, ahora te se dará; espera un poco, hombre, que no tienes tanta prisa.

—¿No ve Vd. que se le incomodará el señor cura y Mateo?

—¡Criatura, qué se han de incomodar! si son los dos la bondad misma. Lo que es al señor cura, en los veinte años que llevo en casa ni una vez siquiera le he visto enfadado. ¡Pues no digo nada Mateo! ¡Si esa criatura es un ángel! Pero ¿has visto que hermano ha venido?

—¿Y qué tal, Doña Antonia, ¿ha venido muy rico?

—¡Mucho, hijo, mucho! Si vieras las cosas que ha traído! Anda, vamos á su cuarto y verás...

Bautista y el ama del cura entraron en un cuarto donde estaba todavía empacado el equipaje del indiano.

Antonia fué alzando la tapa de los cofres y las maletas, enseñando á Bautista su contenido, que consistía en su mayor parte en objetos de oro y plata.

Los ojos de Bautista parecían saltar de sus órbitas en presencia de aquellas riquezas; Antonia reventaba de gozo y orgullo.

—Esta, dijo señalando con el dedo á una maleta colocada en un rincón, está cerrada. Tómala á peso, añadió con una alegre y maliciosa sonrisa.

Bautista asió la maleta y no pudo hacerla perder tierra completamente. Al soltarla se oyó un ruido metálico que hizo estremecer al jóven y reír con estremo regocijo á la anciana.

—¿Conque no te parece costal de paja esa maleta?

—Doña Antonia, ¡que dichoso soy Vd.! exclamó Bautista.

—Ya lo creo, hijo, ya lo creo! También á vosotros alcanzará nuestra dicha; que cuando Dios da, da para todos. Tanto Mateo como el señor cura tienen buen corazón y así quieran mucho... Conque ya ves si teniendo ellos os dejaron en la estacada cuando os veis en algun apuro.

Bautista no oía lo que le decía la anciana: una agitación indefinible se había apoderado de él; una lucha horrible se verificaba en su corazón.

—Conque, hijo, ¿qué le parece la maletita? continuó la anciana.

—Y estará llena de duros! exclamó Bautista.

—¿Duros? ¡qué tanto eres, criatura! peluconas, y muy peluconas..  
Bautista se estremeció, miró á todas partes, y dió dos pasos acercándose de costado á la anciana.

—¿Bautista, Bautista? gritaron en aquel instante en la escalera.

Bautista dió una patada en el suelo haciendo un gesto de disgusto, y Antonia y él salieron al encuentro del que llamaba.

El que llamaba era Ignacio.

—Buenos días, Doña Antonia, dijo, y añadió dirigiéndose á su hermano: Vamos, hombre, que estan esperando una hora hace D. Mateo y el señor cura que tiene que bajar pronto á decir misa.

—Anda, déjalos que esperen, que no es tarde, repuso Antonia. No os vais sin almorzar.

—Gracias, Doña Antonia, contestaron á un tiempo los dos jóvenes.

—Si os digo que no volveis á Echederra sin almorzar unas magras con un jarro de chacolil! Quiero que celebremos los tres juntos la venida del indiano.

—Otro día será, Doña Antonia, replicó Ignacio. El domingo cuando bajemos á misa disfrutaremos el favor de Vd.

—Pues bien, hijos, no quiero molestaros, pero ya sabeis que os tengo buena voluntad. Vamos, Ignacio, al menos te enseñaré lo que ha traído el indiano...

—No, no nos detengamos mas, la interrumpió Bautista, cogiendo de encima de una mesa el recado de escribir.

Y ambos jóvenes tomaron la cuesta de Echederra.

(Continuará.)

### SONETO.

Ni flor, ni espinas, en el valle herido  
de agosto, hallaba la mirada mía,  
ni entre sus vientos cálidos venia  
voz ó lamento á conmover mi oído.

Solo cuando la luna el adormido  
cielo llenaba en esplendor, abria  
al puro rayo de su lumbré fria  
el pecho lleno de quietud y olvido.

Mas te hallé cabalmente allí á la luna,  
y como abierto estaba, de tus ojos  
amor volando se abrigó en mi pecho;

Y trocada de pronto la fortuna,  
vago sin paz de risas en enojos,  
cual leve arista en huracan deshecho.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

### EL JÓVEN Y LA PALMERA.

#### FÁBULA.

No lejos de las rocas  
Del Atlas gigantesco,  
En las vastas regiones  
Que recorren las tribus del Desierto,  
Se hallaba cierto día  
Un jóven inesperto,  
Vagando á la ventura,  
Sin penas, sin dolor, libre y contento.

De pronto á sus miradas  
Se ofrece un árbol bello,  
Una palmera altiva,  
Que ostenta con primor dátiles frescos.

¡Qué dicha! alegre esclama:  
Ya soy feliz, ya tengo  
En estas soledades,  
Sin trabajo ni alan, sabroso almuerzo.

Dice, y al tronco asido,  
Lo contempla risueño,  
Juzgando empresa fácil  
Tregar hasta la copa. ¡Vano empeño!

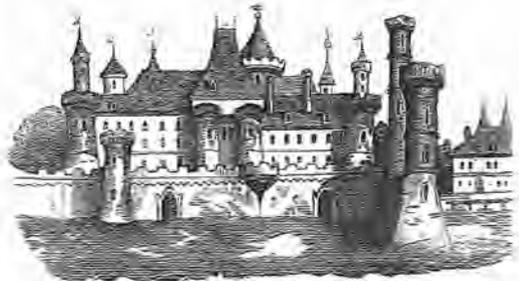
Por la corteza lisa  
Resbálanse sus miembros,  
Cual suelen deslizarse  
De la cucaña en el penoso juego.

Dos veces nuestro jóven  
Se acerca ya á su objeto:

Mas ¡ay! no se sostiene,  
Y dos veces rodando mide el suelo,  
Sus manos desgarradas,  
Quebrantado su cuerpo,  
¿Qué hará? ¿No es gran desgracia  
El tesoro dejar que ha descubierto?  
Entonces reflexiona,  
Se aleja, vuelve luego  
Con su madre y su hermano,  
Y emprenden otro asalto con empeño.



¿Cómo? Muy fácilmente:  
Uno sostiene el peso  
Del otro, que en sus hombros  
Descansa y coge dátiles á cientos.  
La madre los recibe,  
Y todos satisfechos,  
Poco después almuerzan  
Sentados á la sombra del palmero.  
La sociedad moderna  
Os retrata este ejemplo:  
El hombre necesita  
de otros hombres en todos sus proyectos.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.